

## Memorias de un normalista pampeano

Juan Ricardo NERVI\*

\* (1921-2004)

Profesor de Filosofía y Ciencias de la Educación. Maestro Normal Nacional. Docente en la Universidad Pedagógica de México, y de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Escritor, periodista, Investigador. Profesor Emérito de la UNLPam. Secretario Académico de la UNLPam. Profesor Titular de la Cátedra Pedagogía Universitaria. Director de la Maestría en Evaluación de la Facultad de Ciencias Humanas.



“Paisaje con flores”, óleo  
Mario Saez

Iniciamos en este número las *Memorias de un Normalista pampeano* que fue editado semanalmente por el Diario La Arena durante los años 1979 y 1980 para recuperar distintas vivencias y recuerdos de ese período.

### Aquellos viejos pinos...

¿Por dónde empezar? ¿Por los profesores, los discípulos, las celadoras, don Germán, el portero? ¿O por la vieja casona, aquel casco de estancia, o mansión de antaño transformado en Escuela Normal?

No. No por ahí. Todo en su medida... y a su turno. ¿Entonces? ¿Y qué tal con un poco de poesía? Siempre viene bien tratándose de recuerdos...

Empecemos, pues, por un recreo y un patio soleado en aquella mañana invernal en que aquel compañero poeta me hizo notar la solemnidad, la dignidad de dos o tres pinos levemente mecidos por la brisa. Era curioso, y si se quiere, increíble, pero hasta ese momento confieso que no los había visto. Y estábamos siempre allí, en aquel ámbito de resinas, con la fragancia que amorosamente

nos brindaban a diario aquellos abuelos vegetales, acaso sin saber que con los años reverdecerían en la memoria olfativa con el verde aroma de la melancolía.

Solemnes y dignos. O con la inasible solemnidad de su estatura, proyectaba hacia el sol en la cúspide de un cono esmeralda. Y dignos, es verdad. Porque la dignidad está hecha de humildad y renunciamento. Aquellos pinos, “duraban allí”, desnudos y olvidados. Sin corteza en las cicatrices donde los jóvenes normalistas se apoyaban para conversar y fumar el cigarrillo prohibido, a escondidas, en las pitadas premiosas y nerviosas transformadas luego en el humo tímido, moroso, que sucedía a la bocanada. Los pinos eran un emblema que, como el emblema de los universitarios platenenses, debía servirnos de heráldica. O acaso como el cedro que “con sus propias manos” cavara Mario Bravo. O como el olivo de aquel huerto trajinado por esperanzados aprendices de maestros, en peripatéticos diálogos que cortaban abruptamente la campana que tañía Don Germán.

Está bien que empiece con ellos, los pinos. Cuántas veces los busqué en vano, tratando de rescatar mi alta adolescencia a través de un an-

cho ventanal del nuevo edificio, tres lustros después. No, ya no estaban. Ni estaban las ventanas bajas, casi a ras de tierra, por donde solíamos tocarlo con los ojos, como acariciando mimosamente un gato. “Allá... allá estaban...”, me decía. Y al volver la vista hacia la clase atareada, los alumnos no sabían por qué el profesor de Didáctica tenía los ojos llenos de lágrimas...

Por largo tiempo me pregunté como habrían caído. Aquel español dramaturgo, Alejandro Casona, bien pudo haber pensado en ellos cuando concibió **Los árboles mueren de pie**. Claro que si no pudo haber sido de otro modo. Quiénes, como ellos, dieron testimonios de nuestras penas y alegrías no podía morir de otro modo, es decir, sin darnos el ejemplo.

Árboles, pinos. La vieja Escuela Normal de Santa Rosa con su espectro del francesito Safontás allí, en la tranquera, en medio de la heredad de don Tomás Mason. Ellos nos esperaron, hasta cuándo?, y nosotros llegamos tarde para la despedida.

“Dichoso el árbol que es apenas sensitivo...”, diría Rubén Darío. ¿Apenas? ¿Solamente apenas sensitivos **nuestros** pinos?

De ningún modo. Nunca. Soñaban con nosotros, junto a nosotros. Seguramente murieron con una viril sonrisa de adiós. Solemnes y dignos. Como en el poema que aquel hoy distante y distinto amigo poeta, me hizo llegar años después, y que comenzaba diciendo: “**Aquellos viejos pinos... ¿los recuerdas?**”

*Memorias de un normalista santarroseño.*  
5 de diciembre de 1979 - Diario La Arena

## ¿Y Ud., qué lee...?

Nos encontramos el primer día de clase. Nos reconocimos a través de alguna frase trivial, un nombre cualquiera que tenía pareo ambos la misma resonancia afectiva. Era en la “hora de Castellano” y –bajo el peso reciente de la hora anterior, plagadas de monomios, binomios y polinomios– sentíamos la necesidad de otro tipo de comunicación entre nosotros, de relación entre profesor y alumno.

— Ustedes, ¿leen?, preguntó con cierta socarrería la profesora.

Al primer instante de inhibición, de silencio, sucedió la palabra de él, categórica con algo de imperativa:

— ¿Qué quiere decir con eso de “ustedes, leen?”

— Sencillamente eso: ¿leen?, es decir, cuánto y qué leen...?

— ¡Ah, era eso! Nos mirábamos como inquiriendo cuál debía ser la respuesta. Claro que leíamos. Aquel “¡Sí...! leemos!” fue casi unánime. Entonces la profesora –directora de la Escuela, por añadidura– fue preguntando de fila en fila qué leíamos.

Cuando llegó a él después de un penoso recorrido por los bancos, la pregunta fue brusca:

— Y usted...¿qué lecturas prefiere...?

— ¿Yo? Muchas, señorita... Muchas.

— ¿Por ejemplo?

— En estos momentos estoy leyendo el **Dogma Socialista...** o si usted quiere, el **Dogma de Mayo...** de Echeverría.

— ¡Caramba...! Eso sí que no me lo esperaba. ¿Y qué más? Porque supongo que leerá otras cosas ¿no es así?

— En efecto, señorita... Acabo de leer **El hombre mediocre** y...

— ¡Basta...basta... jovencito! Mi materia no es la Sociología sino la Literatura....

Fue cuando intervine. Tenía para mi aquellos dos pensamientos de Echeverría e Ingenieros: “**Todo pensamiento que no se realiza es una quimera indigna del hombre**” y “**Juventud sin rebeldía es servilismo precoz**”, pertenecían tanto a la Sociología como a la literatura. Y así se lo dije. Obtuve una sonrisa por respuesta, y un “Con que esas tenemos?” apenas audible. Cuando llegó mi turno me miró de hito en hito:

— ¿Y usted, jovencito... qué lee además de esas cosas?

Me recordó que sus requerimientos era literarios y no científicos. Pensé dos veces antes de contestarle. Traía –vivo todavía– el recuerdo de la Biblioteca de mi aldea. El lugar entrañable de cada libro leído; cientos de ellos. Al fin contesté:

— Muchas otras cosas, señorita. Por ejemplo, acabo de leer **La isla de los Pingüinos**, de Anatole France. Pero también he leído a Dostoyevsky, a Tolstoi, a Tagore...

— ¿Y no lee autores de su país...?

— Por cierto que sí, señorita. Poetas, ensayistas, novelistas.

Era pequeña y regordeta. Por sus bellos ojos enormes, de inmediato la “bautizamos” Betty Boop. Me avergüenza recordar que yo también compartía la jarana cuando se la mencionaba. Pero sólo fue al comienzo. Me hostigaba, me desafiaba

con sus preguntas. Fue cuando Victorio y yo constituimos aquel binomio humano inseparable. Nos complementábamos en las respuestas. Aquel “¿A ver ustedes los sabihondos, si saben quién escribió el Facundo....? Ambos amábamos a Sarmiento. Sentíamos que nos correspondía a nosotros recoger su antorcha literaria para “alumbrar el camino de los necios” (así decíamos), y la pregunta arrancaba de nuestros labios una sonrisa. Pero las preguntas de la profesora tenían siempre un objetivo distinto del esperado. Era el pretexto para hablar de tal o cual autor. Recalcaba: “Sarmiento fue un Literato, no un estadista ¿entendido?. Asentíamos. Nos bastaba con saber que ella lo amaba tanto como nosotros y le perdonábamos que omitiese su estatura de Sociólogo y estadista. A remolque de aquel impulso Sarmientino nos habíamos propuesto leer las obras completas del gran cuyano, y por un tiempo nuestros recreos desembocaban en la Biblioteca del establecimiento.

Un día nos dijimos que sobraban años para leer aquellos cincuenta y dos tomos... y pasábamos a los poemas de Darío, de Juan Ramón, de Baudelaire, de Carriego... Memorizábamos fragmentos de **El Rosal de las ruinas**, de Belisario Roldán, y la tétrica Malpomene, de Capdeville...

Fue hace cuatro décadas, exactamente. Un día la Directora partió hacia otros rumbos, acaso hacia su ciudad natal, en Mendoza. Debo decir que la extrañamos, que sentimos su ausencia. Al menos nosotros dos.

*Memorias de un normalista santarroseño.*  
11 de diciembre de 1979 - Diario La Arena



“Estación”, xilografía  
Horacio Paturianne

## Examen de Ingreso

Éramos cientos. El examen de ingreso tenía algo de litúrgico. El hito se cumplía con inexorable frialdad. Ceremoniosos, los profesores pasaban a nuestro lado dejando un halo de misterio. Las celadoras, de un impecable y aséptico blanco, se movían como autómatas en ese tráfago de ansiedades, expectativas, tensiones que tenían el rostro de la adolescencia. Muchos llegábamos de “tierra adentro”. Éramos los “pajueranos” de Alpachiri, Anguil, Castex, Acha, Carro Quemado, Victorica, Lonquimay...

Santa Rosa tenía un toque mitológico. La veíamos desde lejos, a la distancia, como la Meca pampeana. Y dentro de ella con algo de Sorbona estaba la Escuela Normal: la de Clemente Andrada, Juan Manuel Cotta, Josefa Medina. Y la de sus egresados: un itinerario de hombres homéricos, legendarios para nosotros.

El examen de ingreso –a veces quinientos postulantes para una quincena de bancos– era el prólogo de un extenso e intenso Digesto que debíamos, en efecto digerir, como si se tratara de la Biblia. Desde el primer día, desde aquel solemne momento de los santiamenos, un código tácito de emulación, de competencia, de sabiduría, se nos impuso sin presiones visibles a partir del tipo de pruebas cuya solución se requería para ingresar al primer año.

De entrada nomás, supimos de la “tradición académica”, de cuño cognoscitivo, que debíamos sostener como un emblema. En “aquel examen de ingreso” todo era cantidad. En el “Manual de ingreso” no había nada que indicase en qué consistía “ser Maestro”. Solamente tangentes y secantes; los verbos; los verbos!; el sujeto y el predicado; aquel 3,1416 llamado “py” metido en todas partes; y –eso sí– la composición de rigor... fidedignamente memorizada por el aspirante, con sus puntos y comas. Aquel “payucano! Que supuso que se le preguntaría “por qué quiso ser maestro” –en un prematuro profesiograma docente– tuvo que conformarse con un “dictado” para satisfacer las exigencias de una que otra regla ortográfica...

Un par de días, y con inexorable puntualidad, allí estaban –con apellido y nombre– los “vencedores” en aquella olimpiada. Un orden riguroso los exhibía al público: 1º, Fulano; 2º, Mengano; 3º Zutano; 4º Perengano. Y después el pelotón de los rezagados. El puntaje –las calificaciones– conllevaban un juicio de valor. Los primeros seguían siendo los primeros ¡qué duda cabía! Y los últimos,

pues, a qué hablar. Quedaban los intermedios grises y neutros entre el blanco y el negro.

Es posible que yo perteneciera a la legión de los grises. En esa tonalidad intermedia me movía con cierta comodidad. A veces me acercaba a los blancos, pero las más de las veces salía de mi tono para entremetarme con los negros. De ningún modo hubiese podido mantenerme dentro de los primeros, esos que el profesor suele llamar “los mejores” y el grueso del curso denominaba simplemente “los tragas”. Los primeros traían en la frente el signo de los elegidos. Los últimos eran los réprobos. ¿Cómo se establecían, desde arriba, estas categorías?. Los astutos directivos y los disciplinados docentes tenían una clave secreta, algo así como las fórmulas sacerdotales utilizadas por los guardianes de las compuertas del Nilo, en la remota antigüedad. ¿Cuál era aquella clave? El cuadro de honor. En honor a la verdad, se trataba de un cuadro regido por normas democráticas: bastaba con tener más de siete puntos de promedio para estar en él... Pero, eso sí, siete en todas las asignaturas. ¿Qué pasaba con el alumno con mala base o poco apto para las Matemáticas? ¿y qué con el que no era capaz de dibujar un mapa?. Allí quedaba, con su moral por el suelo, con ese resentimiento juvenil que los profesores “al tanto por ciento” y los huidizos, invisibles Directores eran incapaces de reconocer.

El “Cuadro de Honor” tenía sus ventajas, justo es decirlo: por ejemplo, el de mayor puntaje tri-

mestral tenía derecho a izar la bandera, y los que le seguían en orden de méritos, eran sus escoltas en la ceremonia diaria. Los demás podían ser generosos, honestos, nobles, altruistas, tesoneros, buenos compañeros...pero si no sobrepasaban la nota-promedio, allí quedaban, mirando como “los mejores” gozaban de aquel y de otros privilegios. Recuerdo lo mal que me sentí cuando, por casualidad, ya que sentía en mi que no era por haberme sacrificado estudiando, me tocó hacer de “escoltabandera”. Cuando esa mañana escuché mi nombre rigurosamente seleccionado y metálicamente mencionado por la celadora, mi sorpresa fue mayúscula. Quedé como sembrado en la fila. Hasta que recibí un codazo del compañero de atrás y aquél “pasá... a vos te llaman!” que, efectivamente me llamó a la realidad.

Aquella “distinción” me valió, por un tiempo, la calificación de “traga”. Nadie quiso creerme cuando les dije que mi ritmo de estudio era el habitual, y que para nada había dejado de practicar deportes, seguir mi vocación de dibujante, y leer, leer desesperadamente a toda hora, como si el tiempo se me acabara si no lo hacía. Pero la beta fue temporaria: bien pronto volví a integrar la nutrida legión de aquellos adolescentes grises, marginados de la compacta nómina de los que figuraban en el “Cuadro de Honor”.

*Memorias De un normalista santarroseño (II)*

27 de noviembre de 1979- Diario La Arena



“Pampa húmeda”, fotografía  
Santiago Echaniz